

Olga Orozco, *También la luz es un abismo* Buenos Aires, Emecé Editores, 1995, 236 páginas.

En la presentación de *Los trabajos y las noches* de Alejandra Pizarnik, Olga Orozco dice: “La poesía es ese lugar donde todo sucede, donde todo es posible, ese lugar que con la religión y con la magia producen un ácido que borra las fronteras del paraíso perdido en un relámpago de conjunción y separación”.

La oscuridad es otro sol (1967) es el primer libro de relatos de Olga Orozco. *También la luz es un abismo* (1995) se configura como su transtexto (G. Genette) ya que intentará recuperar aquellos sentidos de la experiencia fijados en el pasado y suspendidos en el tiempo dentro del universo de significación o “zona invisible” de la narradora: “cuando yo quiero vienen y vuelven a pasar ahora como entonces” (p. 108). Podemos decir que este segundo texto está presentado como copia o reflejo del anterior, existe a partir de las similitudes entre signos y de la posibilidad de repetirlos. Juega con la idea de coincidencia (borradura de la distancia temporal y espacial) entre la experiencia de lo real, la primera experiencia escrituraria y su doble. Es el ritual el mecanismo de recuperación de la palabra sagrada y el que nos lleva a asociar los textos de Olga Orozco con la noción de poesía pura (tradición compartida con Pizarnik).

La voz que cuenta buscará a través de un relato autobiográfico (entendemos relato en su primera acepción —*rapporter*—, “llevar nuevamente”, “volver a poner en su lugar”), escenas de la infancia y reconocerá los lugares en los que esos sentidos originarios están localizados, porque ya los ha transitado, interpretado y escrito. Ahora los representará en un acto voluntario de la memoria: “cuando estoy desvelada vuelvo a ese día envuelto en nieve y es como si trazara una pincelada muy brillante a lo largo de la sombría tapia que atraviesa los años más crueles, más avaros” (p. 95). Estos signos calcados de *La oscuridad es otro sol* a su vez han sido extraídos de otro texto anterior, la vida-obra de Olga Orozco, constituido por los episodios vividos en La Pampa. La literatura establecerá entonces los sentidos dispersos en ese universo secreto y poético que define a la autora. Dice Foucault en el capítulo dedicado al Quijote en *Las palabras y las cosas*: “Todo su camino es una búsqueda de similitudes, las más mínimas analogías son solicitadas como signos adormecidos que deben ser despertados para que empiecen a hablar de nuevo”. *También la luz es un abismo* perseguirá las semejanzas con esos signos “trascendentes”, ubicados en los objetos, en las metáforas infantiles, en los sobrenombres, en las percepciones sensoriales, en los diálogos con la abuela; signos salidos de las narraciones fantásticas donde los duendes, las hadas, la reina Genoveva, los fantasmas o el ángel de la guarda explican la realidad a partir de la alegoría, más allá de toda historicidad. En “El cerco de los tamariscos”, relato que inaugura la serie, se convoca a las “deidades” que posibilitarán “la mágica escritura” de este nuevo texto y se sugiere cuál es la concepción y función del lenguaje para Orozco: está conformado por “signos extraídos del misterio, extraídos de la nostalgia de otro paraíso” (recurrencia de tópicos cristalizados como la añoranza de la Edad de Oro, la inocencia perdida), es aquél capaz de estremecer e “iluminar” la realidad, el que puede proponer una mirada ingenua y verdadera de las cosas.

Respecto de esta idea resulta interesante detenerse en el funcionamiento de la enunciación, el sujeto que rescata los signos “esenciales” (yo), se traslada al momento y al espacio en el que la experiencia se origina, “vuelve a estar allí”, (tiene una visión controlada por los textos precedentes, son los encargados de dictar signos, “aún no he descubierto que esa es la palabra que murmura todo cuanto miro”, p. 228). Por un lado revive las escenas como espectadora experimentando una sensación de extrañamiento y por el otro se ve proyectada como protagonista de la re-presentación de su propia vida. Este sujeto de conciencia penetra en las instantáneas del pasado y las describe como quien lee fotografías y devela percepciones y significados ocultos detrás de la imagen; al trasladar el centro de perspectiva puede dar cuenta de la subjetividad de ella-niña: “y ahora es mi turno. ¿Qué hacer? ¿Y cómo? Vacilo, de pie frente al fuego abominable y alucinante, y justo en el momento en el que algo, alguien, ángel de la guarda, yo otra, me arrebatara por el aire, alcanzo a ver enfrente la cara de Miguel” (p. 146).

El carácter narrativo del discurso autobiográfico esta subvertido por las traslaciones y los desdoblamientos de la enunciación, esto lleva a una inconexidad en el uso de los verbos: cuando el “yo” se revela como observador de sí mismo, la predicación está al servicio de esa voz presencial que lee significados y transcribe (presente), luego al fusionarse con la narradora que evoca hechos anticipa y explica los sentidos recuperados se modifica una vez más la modalidad verbal (se hace explícita la alternancia entre pretérito y futuro según los movimientos retro o prospectivos de la enunciación) y es la aparición del “tú” la que produce una ruptura definitiva en la estructura narrativa: “y tú no podrás

explicar que se trata de algo que aún no está, o que no ha dejado de estar, que es algo que se asomar o faltar después, más allá” (p. 51).

Esta alianza de voces femeninas que cambian sus roles y posiciones en el texto determina su liricidad, legitima la idea de textualidad abierta, y evidencia la construcción que Olga Orozco ha hecho de su figura de poeta y persona, la voz que dice: “yo escarbo en mi memoria como un desván en llamas” en *Los juegos peligrosos* (1957), es la misma que en una entrevista en *La Opinión* (22-1-78) confiesa “Mi vida y mi poesía están indisolublemente unidas y se accionan mutuamente. No es un traje que me pongo para vivir un momento privilegiado sino que está entretejida en mi propia naturaleza”, y coincide con la que descifra “signos eternos” en *También la luz es un abismo*.

Cada uno de los doce relatos, constituye un quiebre en la linealidad de esta autobiografía poética, los referentes están seleccionados según significan en ese sistema de sentido privado de la narradora, sujeto que pone en duda constantemente su identidad.

Nos encontramos, frente a un texto que manifiesta la permanencia de Olga Orozco dentro de una tradición poética determinada. Este libro exhibe las recurrencias temáticas, estilísticas y constructivas de la autora: no ofrece al lector ninguna variante respecto de la configuración de su poética, sino que lo conduce hacia una lectura de la repetición, de la equivalencia.

María Eugenia Straccali